



## UN ALCALDE MANIATADO

por PEPE CHACARILLA

Nuestro alcalde, abrumadoramente elegido a dedo todos los años por sus jefes del Ministerio de Gobierno y Policía, es amigo de lo que, en jerga periodística, se llama "peliculina". Le gusta aparecer por quítame allá esas pajas en las planas de los diarios. Le gustaría que su nombre fuera voceado por las multitudes y que los "jeeps" se vendieran como si fueran butifarras en tómbola o kermesse por causa de su popularidad. El ha hecho de todo para ser fotografiado: ha cortado ficus, ha creado "zonas rígidas", ha removido los olores de la anchoveta putrefacta, pero ha conseguido bien poco. La ciudad es día a día menos jardín, los ambulantes —como es lógico— no respetan otra rigidez que la de su estómago, cada vez que hay niebla densa el pescado se mete a las narices, etc. Todas estas son desgracias en las que la acción municipal ha procedido ineficazmente. Se las perdonamos porque, a decir verdad, un alcalde inútil es un mal menor en un país donde el gobierno es prácticamente inexistente. Lo que la opinión pública le va a aguantar menos a don Héctor García Ribeyro, es que denuncie especuladores para tocarle el violín a su amigo Pedro Beltrán. La vida encarece, el costo sube que da miedo, los salarios y sueldos no alcanzan, y así sucesivamente. Don Héctor, repitiendo el disco de "La Prensa", nos endilga ahora esta soberana tontería: "La Municipalidad está atada de pies y manos para emprender una lucha franca contra la "argolla". Se conoce a algunos de sus miembros, pero la mayoría permanece en el incógnito".

Le vamos a hacer un favor al delicioso alcalde que el pradismo nos ha echado encima. Le vamos a contar la verdadera historia de la "argolla". En el Perú, don Héctor, todo lo dominan los bancos, los empresarios insaciables, los latifundistas de ilimitado poder. Esa es la primera, grande y terrible "argolla" que maneja a este pobre país. Como nos domina esa camarilla de tagarotes sin moral ni convicción —adoradores del Becerro de Oro y de sus sacerdotes yanquis—, aquí rige una forma de la más cruenta explotación del hombre por el hombre, disfrazada, para colmo, de doctrina: se llama liberalismo, se llama "libre comercio". Si en el terreno de la alimentación, la salud y la vivienda —es decir, en el nivel de las necesidades primarias— prevalece el "dejar hacer", que convierte al Estado en un ujier miope, todo se halla sometido a una pseudo-ley llamada de la oferta y la demanda (que el Papa Juan XXIII, que no es fidelista, ha condenado por inhumana) mediante la cual el pez grande (banca, empresas, latifundios, imperialistas) se come al chico y, sobre todo, al más chiquito, el consumidor. Si no pueden ser controlados los precios, ni siquiera como lo quería Carrillo Smith medio de reojo, las "argollas" de que usted habla tan suelto de huesos (pese a que está usted bien gordito, para qué) dependen de la "argollaza" en la que se encuentra usted mismo enganchado. Precio tope, se llama el remedio para el abuso que ahora, con esa cara de santo mocarro, Beltrán y sus cometas quieren localizar sólo en el Mercado Mayorista. No niego que allí hay unas buenas lobas, pero, ¿qué son al lado de los dinosaurios oligárquicos?

Que usted y su comuna están atados de pies y manos, lo sabemos todos muy bien. Las manos se las ha amarrado Prado (su muy atto. y s. s.) y los pies Beltrán (su superior inmediato). Eso es por culpa suya. Usted es, por su gusto, alcalde de la convivencia, y su obra (reflectores en la pila de la Plaza de Armas, y pare usted de contar) se tiene que limitar a los besamanos, los banquetes y las condecoraciones, viajecitos más, que la dictadura del Ejecutivo ha impuesto al gobierno municipal. Porque —no abra usted así los ojos— la Municipalidad es la forma más democrática de gobierno cuando emana de las elecciones populares, a través de las cuales no saldría usted elegido por más puentes sin destino que construya e inaugure. En cuanto a aquello de que la mayoría de los miembros de la argolla "permanece incógnita", no se haga usted el caído del nispero. Si usted, en una reunión pradista, mira a su alrededor, o en el Club Nacional le pega una chequeada a los socios, o en cualquiera de los directorios de que usted forma parte manda una manyada rápida, encontrará bastantes de esos incógnitos. Yo creo, pues soy tan limeño como usted, que mejor, en su caso, es no decir nada y esperar hasta el 62 para dedicarse a los "jeeps" y olvidar la función edil que, tal como usted la ejerce —pies y manos atados—, es como la Presidencia del Club Once Amigos de Cantagallo, pero en glorioso technicolor.